

EL CUERPO EN PSICOANÁLISIS: SUFRIMIENTO ADOLESCENTE EN LA CLÍNICA ACTUAL

The body in Psychoanalysis: teenage suffering in the current clinic

María Florencia Almagro y María Laura Caporale

Florencia.almagro@gmail.com

Facultad de Psicología | Universidad Nacional de La Plata

Resumen

El presente trabajo se plantea repensar la noción de “cuerpo en psicoanálisis” a partir del recogimiento de fenómenos clínicos relevados en las entrevistas con adolescentes y sus familias, en las cuales aparece el cuerpo como vehículo de circulación de la multiplicidad de sufrimientos de las subjetividades adolescentes. Cuestión que implica un desafío a los dispositivos de abordaje y a los modelos de intervención clínica que se proponen como meta el alivio de esos malestares.

La constatación de los cambios en la subjetividad de la época actual ha suscitado el debate respecto a si se trata de nuevas patologías o de nuevos modos de presentación sintomática de los desequilibrios de la economía libidinal de las clásicas estructuras psicopatológicas. Estado de situación que interpela los marcos conceptuales con los que intentamos comprender y transformar dichos padecimientos. A los fines de contribuir en el análisis, se recupera la distinción establecida por Silvia Bleichmar entre *producción de subjetividad* y *constitución del psiquismo* analizando la incidencia que lo histórico social tiene sobre los modos del funcionamiento psíquico.

El campo de la Clínica psicoanalítica con adolescentes nos confronta con los problemas específicos del trabajo con sujetos en proceso de reorganización subjetiva. Considerando al momento adolescente como un proceso que pone a prueba al yo, tanto en su función defensiva como en la capacidad para ligar y simbolizar las representaciones traumáticas que comienzan con el embate puberal, se

hace necesario comprender el modo de constitución y de funcionamiento de la misma, siendo esta instancia, residuo identificatorio que toma a su cargo y metaforiza en un conjunto representacional la totalidad del organismo, incluyendo la superficie corporal.

Por último, atendiendo a la complejidad de lo corporal en el sujeto psíquico, resulta necesario distinguir metapsicológicamente los diferentes estatutos del cuerpo: somático, erógeno y representacional.

Palabras clave: Psicoanálisis; adolescencia; cuerpo; simbolización

Abstract

The present work proposes to rethink the notion of 'the body in psychoanalysis' from the collection of clinical phenomena surveyed in the interviews with teenagers and their families in which the body appears as a vehicle of circulation of the multiplicity of the sufferings of adolescent subjectivities. That implies a challenge to the device of approach and to the models of clinical intervention that are proposed like goal the alleviation of those discomforts.

The observation of the changes in the subjectivity of the present time has provoked the debate regarding whether it is new pathologies or new modes of symptomatic presentation of the imbalances in the libidinal economy of the classic psychopathological structures. This state of situation challenges the conceptual frameworks with which we try to understand and transform these sufferings. In order to contribute to the analysis, the distinction established by Silvia Bleichmar between the production of subjectivity and the constitution of the psyche is recovered by analyzing the incidence that the social historical has on the modes of psychic functioning.

The field of Psychoanalytic Clinic with adolescents confronts us with the specific problems of working with subjects in the process of subjective reorganization. Considering the adolescent moment as a process that tests the I, both in the defensive function and in the ability to bind and symbolize the traumatic representations that begin with the pubertal onslaught, it is necessary to comprehend the way of the constitution and operation of it, being this instance, identifying waste that takes charge and metaphors in a representational group the entire body, including body surface.

Finally, taking into account the complexity of the body in the psychic subject, it is necessary to distinguish meta-psychologically the different body statutes: somatic, erogenous and representational.

Keywords: Psychoanalysis; adolescence; body; symbolization

Introducción

*Nada nos expulsa del mundo más radicalmente
que una concentración exclusiva en la vida corporal,
concentración impuesta por la servidumbre
o por el carácter extremo de un sufrimiento intolerable.*
Hanna Arendt (1958)

Cuerpos autoagredidos mediante cortes, sobreingestas medicamentosas u otros tóxicos, cuerpos “disciplinados” bajo los efectos de psicofármacos, cuerpos intervenidos quirúrgicamente, cuerpos accidentados, cuerpos que dan a luz otros cuerpos, cuerpos ultrajados, cuerpos que buscan ser transformados, son solo algunos de los particulares modos de presentación del sufrimiento de muchos adolescentes en nuestro contexto sociohistórico.

El presente trabajo parte de recoger fenómenos clínicos relevados en entrevistas realizadas a adolescentes y sus familias, tanto en el ámbito público como privado. Del encuentro con la multiplicidad de sufrimientos de estas subjetividades adolescentes, se recortan aquellos que involucran al cuerpo en sus modos particulares de expresión, desafiando a los dispositivos de abordaje y a los modelos de intervención clínica que se proponen como meta el alivio de esos malestares.

Del mismo modo, las instituciones educativas de Nivel Medio dan cuenta de su preocupación ante una creciente tendencia en los adolescentes al despliegue de comportamientos donde se agrede el cuerpo propio o al de los otros; estas problemáticas desbordan las estrategias pedagógicas propias de los actores de la comunidad educativa y motivan la demanda de ayuda hacia profesionales de la salud.

El campo de la clínica psicoanalítica con niños y adolescentes nos confronta con los problemas específicos del trabajo con sujetos en proceso de estructuración psíquica en el caso de la infancia y de la reorganización subjetiva en la adolescencia. Uno de ellos, consiste en la presentación de emergencias patológicas que no siempre responden al estatuto de síntoma en sentido estricto como fuera definido por Sigmund

Freud (AÑO), es decir, a una formación de compromiso resultado del conflicto entre el deseo y la defensa, producto de una rehusada satisfacción pulsional, cuestión que exige una necesaria revisión de los alcances y las limitaciones del método para el cercamiento y la transformación de este objeto.

El abordaje clínico de las problemáticas que se encuentran en los límites de lo analizable, los nuevos modos de irrupción de patologías que plantean cuestiones que hacen a lo corporal, plantean en el campo específico del psicoanálisis, interrogantes que ponen a prueba nuestros enunciados metapsicológicos, nuevas complejizaciones que abren viejos problemas ligados a lo fundacional del psiquismo (Bleichmar, 1994).

Es en estos campos laborales donde surgen los interrogantes que motivan la presente investigación:

- ¿Qué estatuto tienen los fenómenos que involucran al cuerpo en el funcionamiento de las subjetividades adolescentes en la actualidad?
- ¿Constituyen síntomas conversivos al estilo de los clasificados por Freud?
- ¿Remiten a una causalidad de orden biológico exclusivamente?
- En términos representacionales, ¿qué relación existe entre el cuerpo erógeno y el cuerpo unificado de la instancia yoica y el narcisismo?
- ¿Qué relación existe entre estos fenómenos psicopatológicos y los diversos modos de la simbolización?
- ¿Qué incidencia tiene el imaginario social en los efectos corporales expresados en las subjetividades de los adolescentes?
- ¿Qué tipos de intervención se requiere para aliviar estos sufrimientos?

Variaciones culturales y constitución del sujeto psíquico

El sujeto adviene en el seno de las condiciones de vida, que son condiciones de actividad con los otros, pero que no lo determinan de manera absoluta. David Le Breton (2017) afirma que la condición humana es una condición corporal y le otorga suma importancia al sentido que se le adjudica a la misma. Enmarcada en coordenadas tempo-espaciales, la relación con el cuerpo se da en un lazo social, en un entramado de significaciones acerca de las acciones y reacciones del cuerpo y de lo que de él emana. Este autor considera, por lo tanto, que "el cuerpo es un

indicador social" (2017: 9) que muchas veces plantea una grieta entre suceso y sentido.

La indudable constatación de los cambios en la subjetividad de la época actual ha suscitado el debate respecto a si se trata de nuevas patologías o de nuevos modos de presentación sintomática de los desequilibrios de la economía libidinal de las clásicas estructuras psicopatológicas. Este estado de situación interpela a los marcos conceptuales con los que intentamos comprender y transformar dichos padecimientos.

A los fines de contribuir en el análisis de este eje teórico-clínico, consideramos importante recuperar la distinción establecida por Silvia Bleichmar (2009) entre *producción de subjetividad* y *constitución del psiquismo*. Mientras que la primera da cuenta del modo por el cual cada sociedad define las leyes o reglas con las cuales un sujeto tiene que incluirse en la vida social, la *constitución del psiquismo* alude a los universales, a las cuestiones invariantes del funcionamiento psíquico relativas a los aspectos científicos del psicoanálisis.

El psicoanálisis ha hecho dos aportes fundamentales respecto del cuerpo: por un lado, ha mostrado cómo más allá de las cuestiones de autoconservación biológica que nos ligan al reino animal, se encuentran los modos del placer que no tienen solo que ver con la genitalidad. A partir del surgimiento del psicoanálisis, el cuerpo es concebido también como lugar general del goce, como un territorio atravesado por la libido. En segundo lugar, ha planteado que el yo de los seres humanos se corresponde con la representación corporal; la diferenciación de los otros queda marcada por la singularidad del cuerpo y por su aislamiento dentro de los bordes de la piel, una noción de superficie que limita su relación con el mundo (Bleichmar, 2002). Es a partir de la constitución del yo que podemos pensarlo como corporal, integrado, unificado y como contorno, resultado de la vicarianza de la representación corporal.

Se puede constatar que los modos de representación del cuerpo han variado, porque se han modificado los cánones estéticos fundamentales y, a su vez, ya que en el cuerpo se ha instalado lo inamovible de la individualidad en la medida en que es la propiedad última del ser humano. Diferentes autores analizan el fenómeno del avance del sistema capitalista y sus evidentes consecuencias sociales.

Un ejemplo de esto lo constituye el libro *Vidas desperdiciadas* (2005), en el cual Zygmunt Bauman analiza la producción de residuos humanos como consecuencia inevitable del desarrollo de la modernidad. En el último

capítulo, describe los cambios que se evidencian en la cultura y las principales características de lo que denomina "cultura de residuos", donde la idea de eternidad cae en desuso y en su lugar emerge lo inmediato. Nada está destinado a durar y, menos aún, a durar para siempre. Con raras excepciones, los objetos que hoy nos son útiles son, a la vez, los residuos de mañana. Este autor sostiene que "la modernidad líquida es una civilización del exceso, la superfluidad, el residuo y la destrucción de residuos" (2005: 126).

Esta cultura -signada por el vertiginoso ritmo de los cambios- redefine no solo nuestra relación con los objetos, sino también las relaciones personales, donde el compromiso con el otro es asumido de momento y siempre con la posibilidad de desecharse. Todo objeto que hoy resulte deseable, puede no serlo mañana y, en este orden, la belleza y el gusto siguen la misma suerte. Bauman afirma que en esta realidad resulta imposible pensar a largo plazo y, por lo tanto, se dificulta la emergencia de sentimientos de destino compartido. La solidaridad tiene pocas posibilidades de crecer y las relaciones se caracterizan principalmente por su fragilidad y la superficialidad.

Estos procesos históricos, políticos, económicos y sociales de representación determinan formas de producción de subjetividad. Los modos de clasificación, los enunciados ideológicos, las representaciones del mundo y sus jerarquías, aquello que Cornelius Castoriadis ([1989]1999) agrupa bajo el modo de *lógica identitaria*, toma un lugar central en la conformación de los sujetos sociales. Sin embargo, más allá de ciertas variaciones, los modelos metapsicológicos del funcionamiento psíquico se siguen sosteniendo: el modelo de la tópica psíquica, la diferencia entre los sistemas psíquicos inconciente-preconciente, la función de la represión, el superyó como instancia reguladora de las impulsiones mortíferas hacia el semejante, se mantienen a pesar de las modificaciones en el ejercicio de la pautación en los siglos XX y XXI.

Separar los modos históricos de articulación representacional y discursiva con que cada cultura en un período determinado define al sujeto social -de las premisas universales metapsicológicas que definen la conformación y funcionamiento del sujeto psíquico, es decir, la diferenciación intersistémica del aparato psíquico entre el inconsciente para-subjetivo como materialidad psíquica en sentido estricto, en oposición al yo como masa identitaria provista de enunciados que transmiten valores y deseos de manera compleja- sigue marcando la

vigencia de conservar la determinación libidinal y representacional del sufrimiento psíquico.

La adolescencia: puesta a prueba del Yo

La adolescencia como categoría definida dentro del campo psicoanalítico alude, desde el punto de vista del proceso de constitución psíquica, al tiempo en el cual se despliegan los modos de definición que llevan a la asunción de la identidad sexual más o menos estable y a la recomposición de las formas de la identificación. Estas últimas, se desanudan de las propuestas originarias de los adultos significativos de la primera infancia para abrirse a modelos intergeneracionales o de recomposición de los ideales en un proceso simbólico más desencarnado de los vínculos primarios, los que luego encontrarán destino en la juventud temprana y en la adultez definitiva (Bleichmar, 2005).

Estos procesos psíquicos que forman parte de la adolescencia se ponen en marcha a partir de la entrada en la pubertad con los concomitantes cambios físicos que la biología impone, incidiendo en la recomposición y reensamblaje de la instancia yoica.

Cabe aclarar que todas estas manifestaciones vienen a reformar el aparato psíquico, pero ninguna de ellas a inaugurar nada nuevo en él. No existen, en este sentido, nuevas instancias o sistemas psíquicos en este período, sino complejizaciones que deberían estar instaladas desde la infancia. Es por ello que, dicha estructura, dependerá, en su mayor medida, de la resolución de los avatares con los que tuvo que lidiar el sujeto en la infancia. Los cambios de orden biológico que sobrevienen operan sobre una subjetividad que ya completó una primera estabilización que le permitirá la utilización de recursos disponibles para enfrentar estas transformaciones.

Toda esta etapa pone a prueba al yo, tanto en su función defensiva como en la capacidad para procesar, para ligar y para simbolizar las representaciones traumáticas que comienzan con el embate puberal, pero que se continúan con identificaciones-desidentificaciones, salidas exogámicas con desprendimiento de lo endogámico y el consecuente hallazgo de objeto, con la reformulación de las instancias ideales - desasimiento de la autoridad parental- como grandes tareas a elaborar por parte del yo (Rother de Hornstein y otros, 2008).

Pensar un reensamblaje y reorganización del yo en la adolescencia conduce a la necesidad de revisar las teorizaciones psicoanalíticas en torno

a la instancia yoica, poniendo a prueba las divergencias y las contradicciones visibilizadas, no solo en los autores *posfreudianos*, sino en la obra misma, tarea que excede los objetivos de este trabajo. En esta investigación, se tomará como fundamento conceptual a las posturas que consideran a la instancia yoica fundada exógenamente, como efecto de un proceso de diferenciación endógenamente determinado y, paralelamente, como una estructura segunda que se constituye por identificaciones propuestas por la cultura (Aulagnier, [1975]1988, [1979]1994; Laplanche, 1970; Bleichmar, 1993, 2009).

Desde esta perspectiva, se reconoce la prioridad del otro adulto que viene a narcisizar al sujeto desde su *deseo de hijo*, desde una apropiación ontológica, propiciando un investimento capaz de sexualizar a la cría y, al mismo tiempo, otorgarle elementos de ligazón a dichos impulsos, *vías colaterales de ligazón* que favorezcan modos de tramitar la excitación excesiva, dotando de simbolización a aquello que se impone como descarga. Se conoce a esta función del otro como *narcisismo transvasante* (Bleichmar, 1993) que empieza a configurarse en el imaginario materno y antecede al nacimiento, pero que solamente comienza a tener efecto en el hijo real desde su llegada. Es decir que, consecuentemente a la implantación de la sexualidad, deviene un segundo tiempo de ordenamiento de dichas inscripciones, el tiempo del narcisismo que promueve formas de goce más ligadas. En este sentido, la producción de mayor organización psíquica se debe al clivaje tópico propiciado por la instancia yoica, dado que la *represión originaria* es concomitante a dicha estructuración.

Al insertarse el yo como un espacio diferenciado en el psiquismo, permite reconocer sus alteridades en la medida en que se configura como un límite entre lo interno y lo externo, una frontera tanto para el inconciente -frontera interna- como para el otro humano, la externa. De esta manera, se empieza a conjeturar un yo como membrana para excitaciones de los estímulos que recibe desde cualquiera de sus alteridades. Se estructura como una envoltura que contiene a los procesos anímicos. Sin la existencia de un yo, no hay contención de las actividades psíquicas y es por ello que también se lo describe como un continente. Sigmund Freud (1933) afirma que el yo es una tendencia a la síntesis de sus contenidos, a la reunión y a la unificación de sus procesos anímicos, subroga en la vida anímica a la razón y a la prudencia. El yo pugna por dominar su tarea económica, por establecer la armonía entre las fuerzas e influjos que actúan dentro y sobre él.

El yo queda definido como una organización dentro del aparato anímico que encuentra una investidura constante tendiente a su conservación, un conjunto de representaciones que quedan investidas formando una *gestalt*, una unidad. Mantiene una energía ligada y ligadora permanente que inhibe el proceso primario, donde las energías fluyen de forma libre, desligadas, atentando contra su unicidad. Una vez constituido el yo y el preconscious, la pulsión no encuentra los objetos de transposición directamente, sino por medio de formas discursivas estructuradas.

Desde la perspectiva representacional, el yo constituye un conjunto de enunciados con los cuales el sujeto se define a sí mismo, se piensa existente, aquello que lo diferencia de otro yo y lo hace único, con atribuciones y particularidades; es decir, conforma su matriz cultural-ideológica que tiene valor de creencia, investida de forma constante y como unidad (sincronía), pero con continuidad, percibiéndose como el mismo sujeto a través del paso del tiempo (diacronía). El mecanismo psíquico por el cual se llega a esos enunciados es la identificación, la incorporación de atributos del objeto al yo. La identidad es producto de dicha incorporación de los enunciados que provienen del otro adulto que lo significa desde su propio narcisismo. A partir de esa enunciación del otro hacia el infante, se van a asimilar ciertos rasgos del objeto al yo, perdiéndose la referencia del objeto una vez constituido, transformando en metáfora la proveniencia de los atributos.

Piera Aulganier lo conceptualiza de la siguiente manera:

El yo está constituido por una historia, representada por el conjunto de los enunciados identificatorios de los que guarda recuerdo, por los enunciados que manifiestan en su presente su relación con el proyecto identificatorio y, finalmente, por el conjunto de los enunciados [...] que permanecen inconscientes (1975: 174).

Ahora bien, las identificaciones pueden ser de carácter primario o secundario. Las primarias son estructurantes, constitutivas y constituyentes, precipitan la estructura psíquica; forman el núcleo en el cual emerge el yo y su contenido es un conjunto de significaciones que provienen del otro, tienen carácter instituyente y totalizante. Remiten a lo que el yo es, al ser y constituyen lo que se denomina el *narcisismo primario*. Las identificaciones secundarias, en cambio, si bien son estructurantes,

aparecen más tardíamente en la historia del sujeto, cuando ya se ha establecido la diferenciación entre el yo y el otro, después del Edipo y pueden perderse sin riesgo de que se produzca un desmantelamiento del sujeto. Son parciales, se anudan a las primarias, enriquecen al yo de nuevos rasgos y atributos que son más móviles; componen la base del Súper Yo en la medida que se incorporan mandatos del objeto. Remiten al registro del *tener*, por tanto, se relacionan con el *narcisismo secundario*, dado que supone instancias instaladas, el reconocimiento de la alteridad y de la incompletud ontológica del ser, en otras palabras, la castración, complementando la conformación del ideal del yo.

Modos del sufrimiento y vías de tramitación

Desde una perspectiva exógena de constitución del psiquismo, tal como se sostiene en este trabajo, la función simbólica está en íntima relación con lo histórico-vivencial, con los intentos del ser humano por domeñar el activamiento de su realidad psíquica ante el impacto que le produce la realidad exterior. Así, se relaciona con la necesidad de construir un sentido que le permita engarzar en una serie psíquica los elementos con fuerza traumática e idoneidad determinadora.

Diferenciar la *vivencia*, en tanto restos desgajados de lo real vivido, desprovistos de significación, de la *experiencia*, que ya supone una apropiación por parte del yo en torno a la cual ha construido una significación, resulta fundamental al momento de identificar lo afectado y lo afectante en el sujeto psíquico. Asimismo, considerar la especificidad del dolor psíquico, del traumatismo y de la angustia permite profundizar en la comprensión del estatuto del sufrimiento subjetivo desde la perspectiva psicoanalítica.

El dolor psíquico es una vivencia ligada estrechamente al cuerpo y que podría ser diferenciada de las otras sensaciones y afectos displacenteros, específicamente, de la angustia. De la obra *freudiana* se pueden recortar algunos pasajes en los que Freud intenta circunscribir el concepto y la experiencia del dolor psíquico. En el *Manuscrito G* ([1895]1994a), consagrado a la melancolía, utiliza expresiones como "sobreabundantes magnitudes contiguas de excitación" que producen dolor, "hemorragia interna", "herida", "agujero" por donde se escapa la excitación. Si bien la ausencia de un modelo tópico definido del aparato psíquico le resta claridad a la conceptualización, se puede observar tempranamente en la obra el interés por cercar la problemática ligándolo

a un exceso de energía libidinal que efracciona los bordes psíquicos. Freud complejiza esta teorización en el *Proyecto de Psicología para neurólogos* ([1895]1994b) donde define al dolor como la irrupción de grandes cantidades hacia Psi, que transforman la función inhibitoria de este grupo de neuronas y las tornan pasaderas a partir de la ruptura de los dispositivos protectores. En este momento de su producción, solamente define al dolor desde una concepción económica: se produce cuando el incremento de cantidades impide su regulación con las defensas habituales. Además de no brinda una arquitectura distinta del dolor respecto del *displacer*, deja sin considerar el problema de la cualidad.

En *Más allá del Principio del Placer* ([1920]1993) afirma que la experiencia de dolor se efectúa en el interior de un "yo-cuerpo" y, al modelizar la *psique* con una metáfora biológica como un organismo con su envoltura, hace prevalecer la relación continente-contenido, se trate de dolor físico o psíquico. Los aspectos tópicos y económicos del modelo son indisolubles en la medida en que es necesario un cuerpo para que haya dolor: "es probable que el *displacer* específico del dolor corporal se deba a que la protección antiestímulo fue perforada en un área circunscrita" (Freud, [1920]1993: 29). Para que haya dolor es necesario que haya límite, que haya efracción de ese límite y que haya desproporción de cantidades de ambos lados del límite. Sin embargo, Jean Laplanche (1980) avanza un poco más y se interroga: ¿es esta efracción el dolor o no es más que una condición del dolor? ¿Acaso nuestro dolor no es otra cosa que la percepción de esta efracción de una fuerza exterior, como si tuviéramos de ella el sentimiento inmediato?

Continúa Freud: "[...] desde ese lugar de la periferia afluyen al aparato anímico central excitaciones continuas, como las que por lo regular sólo podrían venirle del interior del aparato" ([1920]1993: 29). La efracción por sí sola no es suficiente; una vez creada, estas excitaciones tienden a difundirse por el conjunto del aparato, y hacen fracasar la distinción entre mundo exterior-interno. El dolor, aunque proveniente del exterior, va a comportarse en adelante como fuente interna, es decir, una fuente continua que no se puede evitar ni se puede huir. Si el organismo no quiere ver difundirse estas cantidades de energía por su interior, debe movilizar tropas, energías que van a oponerse de manera pareja a la energía de esta fuente externa-interna, sin poder evitar un empobrecimiento del conjunto del sistema. Es así como, en el fenómeno subjetivo del dolor, además de la fractura por una fuerza extraña, se instaura una fuente de energía interna y un trabajo psíquico que intenta

bloquearla. Mediante este límite funcional que supone dicha ligazón, se trata de sustituir al límite material que implica la protección antiestímulo-paraexcitación.

En *Inhibición, síntoma y angustia* ([1926] 1992) Freud afirma: "el dolor es, por tanto, la genuina reacción frente a la pérdida del objeto; la *angustia*, lo es frente al peligro que esa pérdida conlleva, y en ulterior desplazamiento, al peligro de la pérdida misma del objeto" ([1926]1992: 159). El *desauxilio* producido por la pérdida del objeto supone la ausencia de un otro capaz de producir las ligazones que calmen la desesperación de los primeros tiempos, el *desvalimiento* temprano. Este es el gran peligro, la incapacidad del sujeto para auxiliarse a sí mismo frente al embate de los montantes de excitación desligada.

A continuación, se presenta una serie de viñetas clínicas con diferentes relatos de adolescentes que expresan algunos de los singulares modos por medio de los cuáles manifiestan su sufrimiento. Se analiza cómo, a mayor enriquecimiento del entramado yoico, mayores serán los recursos para enfrentar los embates de lo inconsciente, así como la incidencia de lo puberal que, como real somático, dispone de un carácter traumático. Estas intensas circunstancias ponen a prueba al sujeto psíquico exigiendo un trabajo de simbolización.

Asimismo, estos procesos de ligazón no pueden pensarse sino como correlativos de la operatoria y del ofrecimiento del adulto, tanto en los tiempos fundacionales del psiquismo como en los tiempos actuales de la consulta. En este sentido, el espacio analítico se propone como dispositivo que apunta a proveer intervenciones ligadoras que amplíen el campo simbólico y esto favorece su singular apropiación por parte del sujeto. Algunas expresiones como "no veía la hora de ir a la consulta" o "me hace bien venir acá, si no hablas, explotas", dan cuenta de la importancia que el dispositivo analítico puede tener, pensando el trabajo, no sólo como un proceso a través del cual se produce algo, sino que hay un trabajo en el proceso mismo, el agente de la acción es transformado por esa misma acción.

L. de 20 años consulta porque tiene pánico a rendir los exámenes en la universidad; estudia obsesivamente por temor a desaprobar, postergando todo lo relativo a su vida social. En el transcurso de la indagación acerca de ese intenso temor, van surgiendo miedos en otros frentes de la vida, como por ejemplo "poner el cuerpo" e involucrarse amorosamente con el chico que le gusta. En una

sesión cuenta el siguiente sueño: "Estaba saliendo con un chico de la facultad que me gustaba mucho y de repente uno de sus amigos me dice que está de novio con otra chica. Me levanté y empecé a correr desesperadamente, no quería que nadie me toque, corría y corría, pero no como si me persiguieran, sino queriendo huir de lo que sentía por dentro, estaba muy triste. En un momento me metía debajo de la tierra, pero era raro porque no me ahogaba. No puedo hablar cuando estoy mal, de chica me enojaba en vez de ponerme triste". L. tiene una madre muy narcisista que entra en rivalidad con su hija, porque cada vez que L. le cuenta algún problema que la acucia, es la madre quien termina llorando. El padre convoca a su hija para contarle sus problemas de pareja, pero cuando L. confronta con su madre, él la agrede con violencia, hasta ha llegado a expulsarla de la casa en alguna oportunidad. L. elige tatuarse en su brazo el nombre de sus hermanos (Registro propio, s/d).

Para L., involucrarse sexual y amorosamente con otro, trae aparejado el riesgo de sentir, intensidades que la desbordan cuando "explota" o de las que tiene que huir cuando no las tolera. De la rigidez al estallido es la oscilación que caracteriza la vida de L., en la medida en que le cuesta simbolizar y significar su sufrimiento. Los excesos parentales determinaron una falta de empatía y comprensión sobre la sensibilidad y necesidades de su hija y resultaron un impedimento para brindarle la palabra apta al afecto, en términos de Aulagnier (1991). El riesgo de pérdida del objeto de amor, amenaza en L. con un desgarró y un dolor irrepresentables psíquicamente. Por el contrario, llevar grabado en su piel de manera duradera el nombre de sus hermanos queridos amortigua, con su control, algo de la fugacidad y transitoriedad con la que esta vida líquida la deja a la intemperie.

A. de 14 años, retoma el análisis luego de unas semanas de vacaciones, e inicia la sesión diciendo: "No veía la hora de venir; tengo turno con el médico, me dará la orden para hacerme los análisis de sangre. Mi problema es con las agujas en general, pero no es por lo que duele. Mi tema es todo el antes y cómo me hago la cabeza, me da miedo. Le tengo fobia a las jeringas, más miedo que a las arañas y las cucarachas. Con las operaciones no me pasaba porque ahí estoy dormida, no

soy consciente de nada". Cabe aclarar que A. nació con Mielomeningoceles, alteración en la médula que le ha ocasionado secuelas, sobre todo en los miembros inferiores, motivo por el cual ha tenido que atravesar varias intervenciones quirúrgicas desde pequeña (Registro propio, s/d).

No hace mucho tiempo que A. comenzó a enfrentarse al embate puberal, no sólo con la magnitud de excitación sexual que le exige un arduo trabajo de domeñamiento dado que aún no ha tenido relaciones sexuales, sino también desde el eje del narcisismo y todo el entramado identificadorio que lo sostiene. A. está abocada a un trabajo de reformulación de su representación de sí, autoafirmándose en su género, pero revisando el tipo de objeto sexual que desea elegir. Se ha replanteado qué estatuto tiene su atracción hacia los hombres y también hacia las mujeres, el lugar del erotismo y de las identificaciones secundarias, ha ido reformulando su ideología, diferenciándose de las figuras parentales y construyendo su propia constelación de ideales. El lazo con los pares constituye un anclaje central en esta etapa vital y las redes sociales son el medio principal para la generación de contactos y relaciones.

A pesar de haber llevado a cabo trabajos psíquicos con gran caudal de recursos simbólicos, su proceso de elaboración se detiene en un punto, aquel que remite al hecho de tener que extraerse sangre para diversos controles médicos. No obstante haber sido objeto de múltiples intervenciones médicas a lo largo de su vida mucho más "violentas", esta práctica menor es la que deviene traumática para ella y, tal como refiere, no es por el dolor físico -puesto que sabe que no duele casi nada- sino por sus propias representaciones. Tener conciencia que los bordes de su piel serán efraccionados por la intrusión de la intervención médica, la sumerge en un estado de terror. El yo se siente inerte para organizar alguna defensa que le permita sobrellevar el impacto ante la perforación de la representación de la membrana anti-estímulo, estímulo devenido excitación.

La madre de M. de 15 años, consulta preocupada porque su hija se corta, se provoca vómitos diariamente y tiene desmayos. Ha vivido muchas situaciones de violencia física entre los padres y le ha criticado a la madre reiteradas veces que no fue cariñosa, que más

bien ha sido “un témpano”. El padre no sólo ha sido explosivamente agresivo, sino que también ha sido seductor con su hija. Luego de separada la pareja parental, le ha propuesto a M. dormir en la misma cama y ha llegado, incluso, a acariciar sus muslos. M. expresa en las primeras sesiones: "Hoy en día puedo estar dos días sin comer, si aguanto los diez minutos fatales, ya está... Soy bulímica, lo hago cuando estoy muy insegura o me pasó algo, me suelo echar la culpa de los problemas... En marzo, en un crucero, me desmayé en el baño mientras me estaba poniendo un tampón, había chapado con cuatro chicos... Estoy muy ansiosa, no puedo estar quieta, histérica por cualquier cosa, me daban ganas de correr por toda la casa, me empezaron a transpirar las manos... Soy miedosa a los fantasmas; no es que creo, pero me asustan, sobre todo cuando tengo que ir al baño y están las habitaciones con las puertas abiertas... Cuando volví del cine, me dieron ganas de vomitar, pero pensé ¿qué pasa si me corto? Necesito saber que me estoy lastimando, ahora tengo una marca. Mientras me estoy cortando es lindo, me descargo, pero después me da culpa. Tengo un vacío adentro, me falta algo y no sé qué es. Siento algo dentro mío que me maneja" (Registro propio, s/d).

Aquí el dolor es una última muralla contra la disgregación de uno mismo. M. se hace daño para que le duela menos y para escapar por un momento al sentimiento de vacío y derrumbe que se ha apoderado de ella. Los cortes en la piel encarnan un sufrimiento imposible de representar de otra manera, no son indicios de una voluntad de destruirse o de morir, sino la última manera de instalar sentido que garantice la continuidad del ser. La herida pretende recomponer el vínculo interior-exterior por medio de una manipulación de los límites del sí mismo, es una restauración provisoria de la envoltura narcisística. "Dar un rodeo por la agresión corporal es una forma paradójica de lograr alivio. Al ser materia de identidad, el cuerpo es materia de tratamientos" (Le Breton, 2017: 63). El dolor físico implica un modo de producir en la superficie del cuerpo una representación del dolor que no puede ser significado psíquicamente. Mientras el dolor supone una efracción en un punto localizado de la membrana del yo, el *traumatismo* da cuenta de una efracción total de la envoltura yoica.

V. de 14 años es derivada por el pediatra a los consultorios infanto-juveniles de un hospital público. V. no quiere ir al colegio, se corta y sube las fotos a Facebook. Cuenta que su novio anterior se drogaba y le drogaba y ella manifestaba "me agarraban ataques de nervios, entonces, para no agarrármela con otro, me cortaba, eso me relajaba". A medida que va narrando su sufrimiento expresa mucho enojo hacia su madre principalmente, a quien siente indiferente ante su padecer y agresiva físicamente: finalmente cuenta que fue violada por un tío desde los 7 años y que tuvo varios intentos de ahorcarse, pero "siempre entraba alguien". En esos momentos, dice, "se me ponen los ojos en blanco y no recuerdo mucho", "me hace bien venir acá, si no hablas, explotas" (Registro propio, s/d).

Le Breton (2017) usa la expresión *jóvenes incómodos en su piel*. Así parece sentirse V. con sus múltiples rodeos para protegerse de un sufrimiento demasiado agudo. Su historia de vida está signada por recurrentes figuras significativas que, lejos de investirla de modo amoroso y contenedor, han intromisionado sexual y simbólicamente en su psiquismo, inscribiendo montantes libidinales excesivos que no logran encontrar vías de ligazón y transcripción simbólica. Los cortes apuntan a configurar alguna defensa para regular su economía psíquica y encontrar un alivio, pero también constituyen una vuelta contra la persona propia de la rabia e impotencia que experimenta en las relaciones intersubjetivas y de ese modo evitar dañar al objeto. La piel, en tanto órgano de contacto, representa un umbral en la relación con el semejante, una instancia de apertura y de cierre al mundo; constituye una superficie de introyección y de proyección de sentido o de falta del mismo, devenida caparazón o membrana debilitada, dependerá de la calidad del entretendido básico con el que se haya constituido el yo. La membrana será el efecto de la represión exitosa y de su combinatoria con la ligazón de estos primeros modos de derivación de la energía, que después constituirán el entramado interior del yo. Los niveles de simbolización del sujeto psíquico van articulando formas en la membrana para-excitación que permiten balizar la angustia señal, organizando y diferenciando los estímulos. Esta estructuración, se produce en la relación con el semejante mediante su capacidad de trasvasamiento narcisístico, el cual determina los modos con los que va significando las vivencias del niño. La falla de los adultos en el desempeño de esta función, dejaron a V. librada a la intrusión mortífera de la

excitación que desbordaba sus posibilidades de procesamiento simbólico, y a tener que buscar alguna salida que le permitiera mermar la angustia de aniquilamiento que la atravesaba.

P. es un joven de 18 años que consulta espontáneamente a causa de su consumo de cocaína, está preocupado porque dice que no puede controlar "su vicio". Llama la atención su delgadez y que vistiera una remera de manga corta en un día muy frío. Refiere que su inicio en el consumo se debió a que "tenía ganas, por curiosidad, quería saber cómo era, pero se me terminó generando una adicción. Me hacía sentir bien, activo, cuando te sentís bajón, decaído, te levantas sin ganas". P. fue padre hace un par de semanas, pero la madre de la pequeña no le permite verla debido a los efectos del consumo. Esta situación lo impulsa a pedir ayuda en una institución de salud especializada en este tipo de problemáticas (registro propio, s/d).

P. consulta para poner un freno a su adicción a la cocaína, consumo que devino compulsivo en el combate contra sus sensaciones de abatimiento y desvitalización. Cierta enajenación corporal que le impedía realizar las tareas necesarias para la conservación de su vida parece empezar a revertirse a partir del hecho de convertirse en padre y encontrarse con la misión de tener que cuidar a un hijo.

Consideraciones finales

Diversas modalidades sufrientes se observan en las subjetividades adolescentes de la sociedad actual, donde cuerpo y sentido se entremezclan como fuente y defensas de un conflicto psíquico que conduce a una acuciante búsqueda de resolución. Lejos de poder ser reducido a una etiología orgánica, las problemáticas recortadas para este trabajo dan cuenta de la complejidad de la materialidad psíquica y los diferentes modos de simbolización que reflejan las heterogéneas corrientes del psiquismo. Los sujetos con dominancias neuróticas, inclusive, pueden presentar aspectos compulsivos, restos traumáticos que operan de manera desligada, vivencias de dolor que no logran significarse, vivencias de desauxilio y desvalimiento que no llegan a encontrar una simbolización, por citar sólo algunos fenómenos.

En este sentido, se torna necesario mantener la diferencia entre alma y cuerpo, en términos *freudianos*, en pos de conservar lo psicossomático, que remite a dos órdenes de determinación, a dos tipos de causalidad imbricadas, cada una necesaria, pero ninguna de ellas suficiente (Bleichmar, 1994).

Asimismo, la complejidad de lo corporal en el sujeto psíquico exige distinguir metapsicológicamente los diferentes estatutos del cuerpo. Si el yo unifica la superficie corporal podemos hablar de un cuerpo en tres aspectos u órdenes:

a) *Cuerpo somático*, aquello que hace a la naturaleza biológica, es el cuerpo orgánico que conserva su espesor propio a lo largo de la vida y que entra en complejas relaciones con lo sexual y lo narcisístico del sujeto.

b) *Cuerpo erógeno*, que revela zonas de particular sensibilidad a la excitación, efecto, no de la satisfacción de las necesidades en sí misma, sino de la pulsación erogenizante que realiza el adulto a cargo de la cría humana e instala la pulsión, verdadero motor del progreso psíquico y, con ello, los orígenes de la simbolización.

c) *Cuerpo representacional unificado*, constituido a partir del narcisismo como gestalt, que toma a su cargo la representación de una superficie corporal, una imagen narcisista que no se integra por sumatoria, sino que proviene de los estratos narcisistas, amorosos, del semejante que brinda una noción de "sí mismo" al tomar a cargo la defensa de la vida del cachorro indefenso (Bleichmar, 1994).

Siendo la instancia yoica, residuo identificatorio que toma a su cargo y metaforiza en un conjunto representacional la totalidad del organismo, su masa ideativa se organiza tomando a cargo la conservación de la vida y la preservación de la identidad, en tanto conjunto de enunciados que articulan el ser del sujeto.

En este mismo sentido, los enunciados históricos tienen incidencia en los sujetos, procuran un gobierno sobre la sexualidad de éstos mediante su pautaación y el disciplinamiento de las formas de placer. Los efectos desubjetivantes propiciados por la crisis del sistema capitalista actual -la caída de las instituciones y adultos sostenedores, la fragmentación de la cultura, el estallido del cuerpo y el anonimato al que las condiciones sociales- sumerge a los adolescentes y sus familias en vivencias de desauxilio y desvalimiento, reeditando fragilidades primarias que ponen a prueba la capacidad de procesamiento simbólico de los sujetos y empuja a los jóvenes a la búsqueda de identidad y de pertenencia mediante diversas prácticas.

En la medida en que en la clínica trabajamos con los restos vivenciales no experimentados, comprender la heterogeneidad de la vida psíquica y sus diversos modos de simbolización, abre una rica perspectiva para analizar el impacto de los diversos tipos de realidad exterior en la subjetividad, en los distintos tiempos y modos de funcionar, en suma, el modo en que lo real ingresa transformando lo exterior en materialidad psíquica con sus singulares destinos intrapsíquicos. Esta comprensión metapsicológica resulta fundamental para determinar qué tipo de intervenciones analíticas se debe proponer con el objetivo de ampliar el campo de simbolización del sujeto. Como refiere Bleichmar: "a mayores niveles de sofisticación de los procesos simbólicos, menos incidencia de la biología como causa eficiente" (1994: 32).

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. ([1958]1998). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Aulagnier, P. ([1975]1988). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. ([1979]1994). *Los destinos del placer. Alienación, pasión, amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconciente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1994). "Nuevas complejizaciones, viejos problemas". En *Actualidad psicológica*, 24 (207), pp. 31-32.
- _____. (2002). "El cuerpo como modelo de una impasse". En *Revista uruguaya de psicoanálisis*, 95, s/p.
- _____. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.
- _____. (2009). "Producción de subjetividad y constitución del psiquismo". En *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo*. Buenos Aires: Topía.
- Castoriadis, C. ([1989] 1999). *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol. 2. Buenos Aires: Tusquets.
- Freud, S. ([1895]1994a). "Manuscrito G". En *Obras Completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. ([1895]1994b). "Proyecto de Psicología para neurólogos". En *Obras Completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. ([1920]1993). "Más allá del principio del placer". En *Obras Completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

_____([1926]1992). "Inhibición, síntoma y angustia". En *Obras Completas*. Vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu.

_____([1933]1991). 31° Conferencia: "La descomposición de la personalidad psíquica". En *Nuevas Conferencias de Introducción al psicoanálisis. Obras Completas*, Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.

Laplanche, J. ([1970]1992). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

_____([1980]1988). *La angustia. Problemática I*. Buenos Aires: Amorrortu.

Le Breton, D. (2017). *El cuerpo herido. Identidades estalladas contemporáneas*. Buenos Aires: Topía.

Rother de Hornstein, C. (comp.) (2008). *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires: Paidós.

Acerca de las autoras

María Florencia Almagro es licenciada en Psicología egresada de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y tesista de la Maestría en Epistemología e Historia de la Ciencia en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Se desempeña como profesora adjunta interina de la cátedra de Psicología Clínica de Niños y Adolescentes (Facultad de Psicología, UNLP) y ha participado en varios proyectos de investigación relativos a la constitución y al funcionamiento del psiquismo en la infancia y la adolescencia. Actualmente, también es integrante del proyecto de investigación "EL JUGAR COMO ACTIVIDAD SUBLIMATORIA. PROCESOS DE SIMBOLIZACIÓN EN NIÑOS Y ADOLESCENTES DE LA CIUDAD DE LA PLATA: UN ESTUDIO EXPLORATORIO", dirigido y codirigido por Andrea Mirc y Roxana Gaudio, respectivamente. Participa como coordinadora y supervisora del "PROYECTO DE EXTENSIÓN DE ATENCIÓN CLÍNICA A LA COMUNIDAD (NIÑOS/AS, JÓVENES, ADULTOS Y GERONTES) IMPLEMENTADO EN LOS CENTROS COMUNITARIOS DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA DE LA UNLP EN EL GRAN LA PLATA" y es docente y supervisora en Servicios de Salud Mental de hospitales públicos de La Plata y Buenos Aires, además de ser psicoanalista de niños y adolescentes.

María Laura Caporale es licenciada y profesora en Psicología egresada de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se desempeña como ayudante auxiliar diplomada suplente de la cátedra de Psicología Clínica de Niños y Adolescentes (Facultad de Psicología, UNLP), además de ser integrante del proyecto de investigación “EL JUGAR COMO ACTIVIDAD SUBLIMATORIA. PROCESOS DE SIMBOLIZACIÓN EN NIÑOS Y ADOLESCENTES DE LA CIUDAD DE LA PLATA: UN ESTUDIO EXPLORATORIO”, dirigido por Andrea Mirc y codirigido por Roxana Gaudio. Asimismo, participa como extensionista del "PROYECTO PILOTO DE EXTENSIÓN DE ATENCIÓN CLÍNICA A LA COMUNIDAD (NIÑOS/AS, JÓVENES, ADULTOS Y GERONTES) IMPLEMENTADO EN LOS CENTROS COMUNITARIOS DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA DE LA UNLP EN EL GRAN LA PLATA". Es egresada de la Escuela de Posgrado Clínica Psicoanalítica de la Infancia y la Adolescencia de ASAPPYA y finalizó la jefatura y residencia de Psicología del Programa de Residencia Integradas Multidisciplinaria (PRIM) en la localidad de Lanús (Buenos Aires, Argentina).